

SAN PACOMIO

INSTITUCION DEL ÓRDEN DE TABENNES EN LA ALTA-TEBAIDA ¹.

San Pacomio es considerado como el Padre de los solitarios de la Alta-Tebaida, aun cuando no haya sido el primero que estableció su morada en aquel desierto. Allí encontró á San Palemon, ya muy antiguo en la vida eremítica, y fué de él de quien aprendió sus ejercicios y deberes. Tuvo en seguida tantos discípulos que se vió en él al verdadero fundador de la órden monástica en aquella region. Hasta muchos le consideran como el institutor de la órden cenobítica en general, á causa de la forma de gobierno que dió á su congregacion uniendo muchos monasterios bajo una misma regla y un solo superior general, y conservando esta union por medio de asambleas ó capítulos y visitas pastorales.

A propósito de este gran Santo, hablaremos de San Palemon, su padre espiritual, ya que el maestro y el discípulo están tan estrechamente enlazados que no pueden dividirse sus actos sin exponerse á repeticiones.

Capítulo I.

Ignórase en qué lugar nació San Pacomio; solo se sabe que nació en la Alta-Tebaida, sobre la famosa ciudad de Tebas, que dió el nombre á aquella provincia.

Sus padres eran paganos y le educaron en las supersticiones de la idolatría; pero, ya desde su infancia, se vió

¹ San Jerónimo, Rufino, Paladio, *Vitae Patrum*; Sozomeno, los Bollandistas, Bulteau.

por señales no equívocas y milagrosas, que sería un día su gran enemigo.

A más de que su estómago no podia retener el vino ofrecido á los ídolos, un día en que le llevaron á un templo en el que se iban á ofrecer sacrificios, su presencia enmudeció al demonio, que hablaba ordinariamente por boca del ídolo, lo cual el sacerdote atribuyó, segun prejuicios, al odio de sus dioses contra el jóven Pacomio, y ordenó que se le hiciese salir, como un objeto que les era odioso.

Sus padres que le habian llevado allí, afligidos por este extraordinario suceso, auguraron mal de él y temieron que en lo sucesivo fuése desdichado. El tiempo les apagó poco á poco su sobresalto. Dejaronle vivir en reposo, obligándole solamente á aprender la lengua egipcia y la ciencia de los antiguos.

Cuando tuvo cerca de veinte años, fué por fuerza alistado y puesto en un bajel con muchos otros á quienes se habia tomado, con motivo de las nuevas levadas de gente que habia ordenado el emperador, y de este modo fué llevado á una ciudad cuyos habitantes eran cristianos. Estos, movidos á compasion al ver á tantos jóvenes tan vigilados y llenos de tristeza porque se les obligaba á marchar á pesar suyo, nada omitieron para consolarles en su desgracia y se apresuraron á proveerles abundantemente de todos los socorros que necesitaban.

Pacomio admiró su caridad y su generosidad, de cuyas virtudes no habia visto todavía ejemplo entre los paganos, en medio de los cuales habia vivido hasta entonces. Su sorpresa le llevó á informarse curiosamente del carácter de la religion de sus bienhechores y por qué motivo se ejercitaban en estas obras de misericordia. Se le dijo que aquellas gentes eran cristianas, así llamadas porque creian en Jesucristo, hijo único de Dios, por quien esperaban ser

recompensadas en otra vida por el bien que hacían en esta á su prójimo.

Dios obró en su alma con su gracia mientras le hacían este discurso. Sintióse interiormente penetrado de un gozo secreto, tanto más consolador cuanto más nuevo le era, y de un santo temor que le hizo respetar todavía más los misterios de la religion de que le hablaban. Esto hizo que se aprovechase del primer momento en que estuvo solo para entregarse libremente á las disposiciones de su alma y, levantando entonces las manos al cielo, dirigió á Dios esta oracion: Dios mio, que habeis criado el cielo y la tierra, si os dignais dirigir una mirada sobre mí sin tener en cuenta mi bajeza, para librarme del triste estado en que me encuentro y para darme á conocer cómo debo servirlos, os prometo emplear todo el tiempo de mi vida en cumplir vuestra santa voluntad y que no dejaré jamás de ejercitar la caridad que vos nos mandais tener para con el prójimo.

Al dia siguiente, se embarcó con los demás; pero velaba tanto sobre si mismo que ni las solicitudes ni el mal ejemplo de sus compañeros pudieron arrastrarle al mal. Resistió á él valerosamente, acordándose que había prometido á Dios serle fiel.

Terminada la guerra y licenciadas las tropas, volvió á la Alta-Tebaida y se fué á la iglesia de la aldea de Chenobosco¹, en donde se hizo instruir en la religion cristiana y fué en seguida regenerado en las aguas del bautismo. La noche siguiente tuvo un sueño misterioso, durante el cual le pareció que derramaban sobre él un rocío celestial, el cual, habiendo caido en su mano derecha, se había convertido en miel, y de allí habia regado la tierra; y oyó una voz que le dijo: « Fíjate, Pacomio, en lo que ves, y comprende por esta señal lo que la gracia de Jesucristo

¹ Algunos escritores eclesiásticos han deducido de este hecho que San Pacomio habia nacido en Chenobosco.

quiere obrar en tu alma, y en la de los otros por ministerio tuyo. »

Esta vision encendió en su corazón un tan ardiente amor de Dios, que solo pensó en retirarse á la soledad donde pudiese vacar únicamente á su servicio. A este efecto, fué á encontrar á un santo anacoreta llamado Palemon, del cual habia oido hablar, que moraba en el fondo del desierto, y llamó decididamente á la puerta de su celda.

El verdadero ermitaño, á quien el amor de la soledad hacia tener por importuno el comercio de los hombres, no le abrió la puerta sino á medias y le preguntó con tono austero qué deseaba de él. Pacomio le respondió humildemente que deseaba hacerse solitario bajo su direccion. « Vos no podríais, dijo el viejo; pues esto no es cosa tan fácil. Muchos han querido emprender esto y han mostrado al principio bastante valor; pero hostigados por las dificultades, no han perseverado. Probadme, os ruego, replicó Pacomio; despues de lo cual hareis de mí lo que os parezca bien. Más bien probaos á vos mismo durante un cierto tiempo en otro monasterio, repuso Palemon; la vida que yo hago aquí es demasiado dura para un principiante. Yo ayuno en verano todos los dias, y en invierno no como sino un dia sí, otro nó. No gasto aceite ni vino, y me contento con pan y sal. Paso ordinariamente la mitad de la noche, y muy á menudo la noche entera, en oraciones, ó en meditar las sagradas Escrituras. »

Pacomio, á quien el aspecto del viejo contenía en un respetuoso temor, no se desanimó por el género de vida cuyos detalles le daba, sino que al contrario se sentía mas animado á abrazarla, y dijo con confianza: « Espero, padre mio, que con el auxilio de vuestras oraciones, Dios me concederá la gracia de practicar las mismas cosas. »

Palemon, reconociendo en estas palabras la firmeza de su resolucion, le introdujo en su celda, vistióle el hábito

monástico, lo que hace ver que ya entonces había uno particular, y le tomó bajo su conducta. Ejercitábanse pues juntos en la oracion, en el canto de los salmos y en las demás prácticas de su estado. Sus ocupaciones manuales eran hacer cilicios, y no se descuidaban del trabajo, aun cuando no tuviesen de él necesidad para su manutencion, pues lo hacian para tener medio de asistir á los pobres.

Palemon exigia sobre todo de Pacomio que se acostumbrase á las vigiliás, y sí se apercibía que le atormentaba el sueño durante el oficio de la noche, llevábale á la montaña y le hacia llevar arena de una parte á otra, diciéndole: « Velad, Pacomio, no sea que el demonio os tiende y os robe el fruto de vuestros trabajos. » De este modo le acostumbraba á vencer el sueño y le hacia frecuentemente pasar toda la noche en oracion y meditacion. Acostumbraban tambien bastante á extender sus brazos en forma de cruz, cuando oraban; porque esta posicion secundaba mejor su fervor y les impedía que se durmiesen.

Su alimento consistía en pan y sal machacada, á lo cual añadian, aunque muy raras veces, algunas yerbas sin aceite y sin vinagre. Algunas veces hasta mezclaban en su comida ceniza para mortificar el gusto.

Un año, en el dia de Pascua, Palemon dijo á su discípulo que preparase la comida, esto es, que adelantase la hora de la refeccion, á causa de la solemnidad del dia. Pacomio creyó que, regocijándose en este dia todos los cristianos por la gloriosa resurreccion de Nuestro Señor, podía, sin faltar á las reglas de la mortificacion monástica, regalar un poco más que de costumbre á su padre espiritual y mezclar un poco de aceite y vinagre en las yerbas que había preparado; pero cuando Palemon, despues de haber hecho la oracion, se acercó á la mesa y se apercibió de aquel aderezo, llevóse la mano á la frente, y dijo derramando lágrimas: « Mi Salvador ha sido crucificado; y yo usaré aceite en mi

comida? » No pudo resolverse á ello, por más instancias que Pacomio le hizo, de modo que fué preciso quitar las yerbas, despues de lo cual se puso á la mesa, y solo comió juntamente con su discípulo pan y sal, como de costumbre.

Entretanto Pacomio, sumamente atento en aprovecharse de las lecciones y de los buenos ejemplos de su padre espiritual, se adelantaba en la humildad y en las demás virtudes religiosas y se ejercitaba valerosamente en los trabajos de la penitencia; pero reanimóse todavía más en ello con ocasion de la caída de un solitario que hacia poco había ido á ponerse como él bajo la conducta de San Palemon.

Una noche en que velaban los tres juntos y habían encendido fuego, este recién venido, á quien el demonio del orgullo comenzaba á asediar, les dijo: « Si alguno de vosotros tiene fe, que se ponga en pié sobre esos carbones encendidos pronunciando la oracion dominical. » Palemon comprendió al instante la ilusion, y reprendióle de su temeridad. Pero este no hizo caso de la correccion y se arrojó decididamente al fuego cuyo ardor detuvo el demonio para que no se quemara, á fin de mejor confirmarle en la vanidad. Despues de esto se separó de ellos echándoles en cara su poca fé y fué á establecerse en otro lugar lleno de sí mismo, como un santo de milagros.

Pero pronto pasó por la triste experiencia de las funestas consecuencias del orgullo. El demonio, que por allí le encontró dispuesto para todas sus malignas sugerencias, le tendió un lazo en el que cayó; despues de lo cual, entregándose á la desesperacion, anduvo algun tiempo errante por el desierto y llegó finalmente á la ciudad de Panes en la que se arrojó en un horno cuyas llamas le consumieron.

Este trágico ejemplo sirvió de aguijon á Pacomio para excitarle á velar sobre, su alma. Estuvo, más de lo que nunca lo

había estado atento en conservarla en una pureza perfecta, en reprimir fielmente todos los afectos viciosos que en ella se podían levantar; en tender con todos sus esfuerzos á la adquisicion de las virtudes interiores; en desatarse de los vanos deseos de las cosas del mundo para no aspirar sino á los bienes de la vida futura; á meditar continuamente y aplicarse á sí mismo las saludables máximas que el Espíritu Santo tiene dictadas en las sagradas Escrituras, y sobre todo á practicar la humildad, la dulzura, la paciencia y la pureza de intencion. El progreso que hizo en todas estas virtudes fué tan sensible que su padre espiritual no podía verlo sin admiracion y sin experimentar en su alma un extraordinario consuelo.

Por otra parte era tan ardiente en mortificarse y tan paciente en las fatigas y las penas que, yendo ordinariamente con los piés desnudos para recoger madera en un desierto cubierto de espinos, sufría valerosamente las picaduras de las espinas, que se le metían algunas veces muy adentro de la carne, y se animaba á sufrirlas con el recuerdo de los clavos con que Jesucristo había sido atravesado en el árbol de la Cruz.

Era principalmente en este desierto donde se detenía con mayor gusto, por la facilidad que en él encontraba de vacar á la oracion y conversar familiarmente con Dios, lejos del comercio de las criaturas y en el profundo silencio de la soledad. Allí derramó su corazón con mayor libertad y con un afecto más tierno. Excitó su confianza con una más dulce unción y con un más crecido amor para obtener de Dios que le fortificase contra la malicia de los enemigos de su alma y, dilatándose su caridad sobre los demás, por la convicción en que estaba despues de su conversion, de que el amor, del prójimo es soberanamente agradable á Dios, le rogaba tambien que les librase de los lazos que el demonio tiende casi á cada paso.

El Señor, que le inspiraba estos piadosos sentimientos

de caridad, porque le destinaba al ministerio de la salvacion de las almas le manifestó su voluntad sobre esto en una de sus oraciones, cuando más metido estaba en la soledad. Era esta en un desierto llamado Tabennes, que muchos colocan en una grande isla del Nilo, no lejos de la ciudad de Sena¹, pero que nosotros creemos más bien, por un autor muy exacto, estar más abajo, al borde del Nilo, en la diócesis de Tentira².

Mientras que oraba con fervor y había prolongado su oracion más de lo ordinario, oyó una voz que le dijo: « Fija aquí tu morada y edifica un monasterio, porque vendrán muchos para abrazar la vida religiosa y tú les conducirás segun la regla que te mostraré. » Al mismo tiempo vió á un ángel que le presentó una mesa de bronce en la que estaba trazada la forma de vida que debía hacer observar á los que se alistaran bajo su direccion.

Paladio, Sozomeno y Denis el Pequeño, en la traduccion de la Vida del Santo dicen, que esta regla contenía las cosas siguientes: Permitid á cada uno segun sus fuerzas que coma y beba y obligadles á trabajar á proporcion de lo que coman, sin impedirles que coman moderadamente, ni que ayunen. Imponed mayores trabajos á los mas robustos y á los que comieren razonablemente, y menores trabajos á los débiles y á los que ayunaren.

Edificadles diversas celdas. Hacedles morar tres en cada una. Que su refeccion sea preparada en un mismo sitio y que coman todos juntos.

Que estén vestidos durante la noche de ropas de lino y ciñan sus lomos. Que tengan todos una capa blanca de pelo de cabra que no se quitarán jamás, ni para comer ni para

¹ Hoy día Assuan. Esta ciudad formaba la frontera del Egipto por la parte de Etiopia.

² La ciudad de Tentira es llamada hoy día Deuderach; está situada sobre la orilla izquierda del Nilo, á 48 quilómetros, al norte de Tebas.